IGNACIO **MARTÍN BLANCO**

AZNAR EN EL FALSO RELATO DEL SECESIONISMO CATALÁN

"¿Por qué en Cataluña se ha multiplicado el número de independentistas en los últimos años?", le preguntaba Jordi Évole, presentador del programa "Salvados" (La Sexta), al presidente de la Generalitat de Cataluña, Artur Mas, en un cara a cara entre este y el expresidente del Gobierno Felipe González emitido el 2 de febrero del 2014.

Para cualquiera que haya seguido mínimamente la política catalana de los últimos años, y conozca el relato teleológico que el nacionalismo catalán ha ido construyendo con más o menos éxito en pro de la secesión, la respuesta de Mas era previsible: "El punto de inflexión hacia donde estamos ahora se produce en la segunda mitad de la mayoría absoluta del presidente Aznar (…). Ahí empezamos, no solamente una regresión en términos autonómicos (…), sino una actitud de desprecio, de menosprecio en muchos sentidos, algunas veces incluso humillante. Eso no toca directamente el bolsillo, pero toca la dignidad". Y remató: "Segunda fase determinante, el punto final: la desconexión mental de una parte de la ciudadanía catalana respecto al Estado español se produce en junio del 2010 con la sentencia del Tribunal Constitu-

Ignacio Martín Blanco es periodista y politólogo. Colaborador habitual en medios tanto audiovisuales como escritos.

cional (sobre el nuevo Estatuto catalán), sentencia absolutamente innecesaria pero absolutamente humillante".

Esa relación de causalidad directa entre, por un lado, la segunda legislatura de Aznar y la sentencia del Alto Tribunal sobre el Estatuto catalán y, por otro, el crecimiento del separatismo –que, más allá de las multitudinarias manifestaciones de los últimos tres años, las encuestas vienen reflejando de un tiempo a esta parte– es hoy un lugar común en el debate político y mediático de Cataluña. Políticos y opinantes la repiten hasta la saciedad, y no hay duda de que la especie ha calado en la sociedad catalana.

Pero, ¿existe realmente esa correlación o el auge del secesionismo se debe principalmente a otras causas más prosaicas que nada tienen que ver con la dignidad de la que habla Mas? En otras palabras, ¿qué importancia han tenido la crisis económica o la lucha interpartidista por la hegemonía del poder político en Cataluña en la eclosión secesionista? Teniendo en cuenta que se trata de dos momentos –segunda legislatura de Aznar y STC 31/2010– perfectamente delimitados, ¿qué dice el histórico de encuestas y resultados electorales al respecto? ¿Cabe apuntar un crecimiento sostenido de los partidarios de la secesión desde la segunda legislatura de Aznar o, por el contrario, el grueso del crecimiento se produce mucho después y de forma más bien repentina? ¿Se dispara el secesionismo tras la sentencia del TC o permanece en porcentajes similares en las encuestas y en las urnas hasta que la crisis empieza a hacer estragos en el bienestar de los ciudadanos de Cataluña? ¿Hasta qué punto incide en el auge del secesionismo la victoria del PP, tantas veces presentado por sus oponentes como "enemigo de Cataluña", en las elecciones generales del 2011?

Partiendo del análisis de encuestas y resultados electorales, así como de declaraciones y artículos de prensa de representantes políticos catalanes, este artículo cuestiona ese relato que, asumiendo implícitamente la incapacidad de los nacionalistas para granjearse por méritos propios una mayoría social a favor de la secesión, necesita atribuir su propia evolución a un enemigo exterior: Aznar y el PP. Según ese relato, el considerable aumento del número de independentistas –que, por otra parte, hasta ahora solo se observa en las encuestas, pues en las últimas elecciones autonómicas los partidos que se

presentaban con un programa nítidamente independentista (ERC y la CUP) obtuvieron el 17,17% de los votos– empieza tras la segunda legislatura de Aznar y alcanza velocidad de crucero coincidiendo con la sentencia del TC sobre el Estatut. Pero ¿qué dice la realidad?

"ESPEJISMOS COLECTIVOS DE PERSECUCIÓN"

El secesionismo es un ejemplo paradigmático de lo que el pensador británico John Gray denomina "religiones políticas" contemporáneas, basadas en "mitos laicos" que "reproducen la forma narrativa del género apocalíptico cristiano" y que no son más que "modos de aceptar aquello que es imposible saber"[1]. Así, en la medida en que renuncia a un conocimiento mínimamente ecuánime de la realidad, el secesionismo solo puede ser un acto de fe en una comunidad imaginada como blanco de una conspiración planetaria cuyo objetivo es acabar con dicha comunidad.

"Lo único que nos podría y nos podrá salvar –del intento de España de *residualizar* (sic) a los catalanes– sería y será el pensamiento y la actitud independentistas", decía en marzo del 2012 uno de los padres de la criatura, Jordi Pujol, que, tras 32 años diciendo que no lo era, se presentaba en sociedad como flamante partidario de la secesión. Y esa es precisamente la base apocalíptica del relato independentista que su sucesor, Artur Mas, propala a los cuatro vientos, como en su último mensaje de fin de año (2014): "El Estado nos quiere divididos porque sabe que así somos más vulnerables".

Señala Gray que "los espejismos colectivos de persecución sirven para fortalecer una frágil sensación de acción propia", observación que me parece aplicable al caso que nos ocupa, pues la acción de gobierno de la Generalitat, sobre todo en estos últimos dos años, ha estado marcada por el victimismo y el ensimismamiento. Pero lo cierto es que esa pretendida autoafirmación reactiva conlleva necesariamente el alejamiento entre los catalanes que creen experimentarla y los que no vivimos nuestra catalanidad

[1] **Gray, John** (2007), *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Barcelona: Paidós, p. 277.

conforme a ese relato divisivo que, desgraciadamente, preside la vida pública de Cataluña como una suerte de fe revelada.

Gray concluye que esos credos seculares "son más irracionales que ninguna fe tradicional, aunque solo sea porque se esfuerzan mucho más por dar muestras de racionalidad". Eso –esforzarse por dar muestras de racionalidad– es precisamente lo que hacen los nacionalistas cuando relacionan la efervescencia secesionista de los últimos años con esos "espejismos colectivos de persecución", que por otra parte tan concienzudamente han ido construyendo y difundiendo ellos mismos, a través de una tupida red de medios de comunicación tanto públicos como privados, pero siempre subvencionados con prodigalidad.

En lugar de reconocer que la escalada secesionista pueda tener mucho que ver con factores como la incertidumbre y el malestar social derivados de la crisis, los nacionalistas catalanes tratan denodadamente de demostrar que esa escalada se debe a que el pueblo catalán por fin ha comprendido cuál es su destino manifiesto, porque "España no nos quiere", "nos roba", "no nos deja votar" y blablablá... Por no decir que se niegan a admitir que, como recientemente apuntaba Jürgen Habermas, el secesionismo en territorios como Cataluña, Escocia o Flandes sea el "equivalente funcional" del éxito del Front Nationale de Marine Le Pen en Francia, en el sentido de que es una respuesta a "la creciente desigualdad social, ansiedad y aumento de la inseguridad dentro de una población". Todo ello, añade Habermas, deriva en "la tentación de replegarse tras fronteras familiares en las que creemos que podemos confiar, y aferrarse a entidades 'natales', ya sean naturalizadas o heredadas, como la nación, la lengua, la historia"[2].

LA CRISIS Y LAS CONFESIONES DE PUJOL

Lo que en ningún caso explican los nacionalistas es cómo es posible que el mismo discurso victimista que ellos llevan predicando desde el adveni-

[2] *L'Express*, 17 de noviembre de 2014: http://www.lexpress.fr/actualite/monde/europe/jurgen-habermas-en-europe-les-nationalismes-sont-de-retour_1621409.html

miento de la democracia –sin conseguir durante décadas incrementar sustancialmente el porcentaje de catalanes que se declaran partidarios de que Cataluña se constituya en un Estado independiente– logre dispararse de golpe y porrazo no en las urnas pero sí en las encuestas. Aunque no precisamente tras la segunda legislatura de Aznar, ni tampoco de resultas de la sentencia del TC sobre el Estatut, sino sobre todo desde finales del 2011, coincidiendo con la victoria del PP en las elecciones generales.

Según el barómetro del Centro de Estudios de Opinión (CEO) de la Generalitat, en abril del 2010 los partidarios de que Cataluña se convirtiera en un Estado independiente –los que completaban la frase "Cataluña debería ser…" indicando que "un Estado independiente", pues el CEO no empezó a preguntar explícitamente por la secesión hasta junio del 2011– eran el 21,5% de los catalanes. Pues bien, en octubre del 2010 –primer barómetro tras la sentencia del TC– ese porcentaje se había elevado hasta el 25,2%, pero se mantendría estable en torno al 25%, con pequeñas fluctuaciones arriba y abajo, hasta finales del 2011. Es decir, la sentencia del TC habría supuesto la conversión a la causa secesionista de alrededor de apenas un 3,5% de los catalanes.

En junio del 2011 el apoyo al "Estado independiente" seguía siendo del 25,5%, es decir, llevaba casi un año estancado. Sin embargo, en febrero del 2012 había escalado hasta el 29%, pero es que en octubre de ese mismo año se situaba ya en el 44,3%, nada menos que un 15% más que al empezar el año y casi un 20% más que en junio del 2011. Pero ¿qué ocurrió entre junio del 2011 y octubre del 2012? Pues, entre otras cosas, que el PP ganó las elecciones de noviembre del 2011 con mayoría absoluta y que el 2012 fue probablemente el año más duro de la crisis, con el paro y la deuda pública en máximos históricos y la prima de riesgo disparada hasta los 638 puntos básicos. Así las cosas, el Gobierno del PP se vio obligado a aplicar a lo largo del 2012 una serie de ajustes y reformas estructurales, entre ellas la reforma laboral, que resultaron de lo más impopulares. Así pues, la correlación entre el aumento del malestar social por la crisis y la escalada independentista parece evidente. De hecho, desde finales del 2014, coincidiendo con la mejora de la percepción ciudadana sobre la economía que detectan los últimos barómetros del Cen-

tro de Investigaciones Sociológicas (CIS), el apoyo a la secesión ha empezado a declinar. En el último barómetro del CEO (primer trimestre del 2015), el apoyo a la opción de que Cataluña se constituya en un Estado independiente, tras dos años alrededor del 45%, se situaba en el 39,1%, un 5% menos que en octubre del 2012.

El CEO se fundó en el 2005, por lo que los primeros datos comparables de los que disponemos son inmediatamente posteriores a la segunda legislatura de Aznar, la de la mayoría absoluta, que acabó en marzo del 2004. Pues bien, un año después, en junio del 2005, solo el 13,6% de los catalanes se declaraba partidario de que Cataluña se constituyera en un Estado independiente, porcentaje que apenas seis meses después, en noviembre del 2005, se reducía al 12,9%. No parece, pues, que la segunda legislatura de Aznar tuviera el formidable efecto que le atribuye el relato oficial.

A partir del 2006 el secesionismo iría creciendo paulatinamente, con ligeras oscilaciones arriba y abajo, hasta situarse desde enero del 2008 hasta abril del 2010 alrededor del 20%. Un 7% en cinco años parece un crecimiento bastante modesto, máxime si lo comparamos con el 20% que creció la opción secesionista en ese azaroso año y medio escaso que va desde junio del 2011 a octubre del 2012, el pináculo de la crisis.

Otro factor que, a juzgar por la evolución demoscópica, pudo influir en el auge del secesionismo fue que –como apuntábamos más arriba– en marzo del 2012 el padre del nacionalismo catalán contemporáneo, Jordi Pujol, se declarara por primera vez partidario de la secesión. Entonces la opinión de Pujol tenía todavía mucho predicamento en amplios sectores de la sociedad catalana, si bien su ascendiente se ha diluido tras su confesión, en julio del 2014, sobre la fortuna que ha mantenido oculta en el extranjero durante 34 años. No cabe duda de que así como el anuncio de su despertar independentista alentó el secesionismo, la confesión de la evasión fiscal de Pujol ha debilitado sobremanera el proceso separatista.

Así pues, las encuestas del CEO no parecen abonar la respuesta de Mas a Évole sobre por qué se ha multiplicado el número de independentistas en los últimos años.

DEL PACTO DEL MAJESTIC AL PACTO DEL TINELL

En todo caso, ¿qué es lo que se supone que hizo Aznar –que en 1996 había firmado el Pacto del Majestic con Jordi Pujol– para supuestamente desatar una escalada independentista? Quien más, quien menos, casi todo el mundo reconocía que el acuerdo entre PP y CiU había supuesto una mejora sustancial en el autogobierno catalán. "El Pacto del Majestic es lo mejor que se ha hecho nunca en el avance del autogobierno", decía todavía en el 2009 Ramon Tremosa[3], el entonces cabeza de lista de CiU para las elecciones europeas de aquel año. Hubo incluso quien consideró que el acuerdo había ido demasiado lejos. El PSOE –que en 1993 había llegado a un acuerdo de legislatura con CiU y había recibido por ello duras críticas del PP por su "entreguismo a los nacionalistas"– culpó en 1996 al PP de poner en peligro la "cohesión nacional" con el Pacto del Majestic. El histórico dirigente socialista José María (Txiki) Benegas llegó a decir: "Se corre el riesgo de diluir la identidad de España como nación (…) dotada de personalidad, historia y cultura propias"[4].

Por su parte, Josep Maria Sala (PSC-PSOE) acusaba a CiU y a Pujol de romper "con la tradición del mejor catalanismo político, que teoriza y practica que nunca se ha de pactar con la derecha española y que, en España, los aliados de Cataluña hay que buscarlos siempre en la izquierda"[5]. Para él, claro está, el mejor catalanismo político no lo encarna Cambó –probablemente el político catalán más influyente de la primera mitad del siglo XX– sino Macià y Companys, a quienes Sala ensalza porque "jamás hubieran pactado con Aznar" (sic). Las palabras de Sala destilan un tufo de "cordón sanitario" con relación a una fuerza de indiscutible compromiso democrático como el PP, que acababa de ganar las elecciones generales

---

[3] Tremosa, partidario declarado de la secesión, hacía estas declaraciones cinco años después de que Aznar abandonara la presidencia del Gobierno, en una entrevista publicada por el diario *ABC* el 26/01/2009. http://www.abc.es/hemeroteca/historico-26-01-2009/abc/Catalunya/el-pacto-del-majestic-es-lo-mejor-que-se-ha-hecho-nunca-en-el-avance-del-autogobierno_912697814939.html

[4] **Benegas, J. M.**: "El Partido Socialista y España", *Temas para el debate*, núm. 30, mayo de 1997, p. 40.

[5] **Sala, J. M.**: "Por una Cataluña plena", *La Vanguardia*, 11 de enero de 1998, p. 41.

gracias al apoyo de más de 9,5 millones de españoles, casi 700.000 de ellos catalanes. No en vano la afirmación de que "los aliados de Cataluña hay que buscarlos siempre en la izquierda" se encuentra en la base de episodios posteriores como el antidemocrático Pacto del Tinell (2003), por el que las fuerzas del tripartito se autoimponían la prohibición de llegar a acuerdos de gobernabilidad con el PP[6], o la insólita decisión de Artur Mas de firmar ante notario su compromiso de no llegar a ningún acuerdo permanente o estable con el PP tras las autonómicas del 2006. Una auténtica "patochada", por decirlo en palabras del entonces líder del PP catalán, Josep Piqué.

El caso es que en el año 2000 el PP obtiene la mayoría absoluta que le ha de permitir gobernar sin necesidad del apoyo de los nacionalistas catalanes, entonces moderados, quienes, tras dos legislaturas siendo decisivos para la gobernabilidad de España y obteniendo a cambio importantes ventajas, se sienten despechados y recuperan a todo trapo su proverbial victimismo. Bien es cierto que nunca lo abandonaron del todo, ni siquiera en plena vigencia del Majestic: "Cataluña no acaba de encontrar su lugar en España y el conjunto de España no acaba de vernos como uno más", decía Pujol en 1997. Pero en el 2001, en su mensaje de fin de año, Pujol, pese a admitir que Cataluña no había disfrutado de tanto poder político en los últimos 300 años, decía sentirse "obligado" a "advertir al pueblo de Cataluña de que, francamente, existe un peligro".

Poco después, en enero del 2002, Aznar anunciaba que, a pesar de gobernar con mayoría absoluta, le acababa de proponer a Pujol la entrada de CiU en el Gobierno central, propuesta que Pujol declinó. Así y todo, el mantra de la segunda legislatura de Aznar como pecado original se sigue recitando en Cataluña hasta la saciedad.

---

[6] El Pacto del Tinell, suscrito el 14 de diciembre del 2003, fue la antesala del primer tripartito de izquierdas (PSC, ERC e ICV-EUiA), que gobernó la Generalitat entre 2003 y 2006. Entre otras cosas, el acuerdo decía lo siguiente: "Los partidos firmantes del presente acuerdo se comprometen a no establecer ningún acuerdo de gobernabilidad (acuerdo de investidura y acuerdo parlamentario estable) con el PP en el Govern de la Generalitat. Igualmente estas fuerzas se comprometen a impedir la presencia del PP en el Gobierno del Estado, y renuncian a establecer pactos de gobierno y pactos parlamentarios estables en las cámaras estatales".

"TODO EMPEZÓ CON LA MAYORÍA ABSOLUTA DE AZNAR..."

"Todo empezó con la mayoría absoluta de Aznar…", repite como un autómata el independentista de nuevo cuño. Pero, cuando le preguntas qué fue eso tan grave que ocurrió durante aquella legislatura y que justifica una determinación tan calamitosa como la de fragmentar un país, no acierta a responder y suele salir con lo de la enorme bandera de España de la plaza de Colón de Madrid, sin duda un argumento… de peso.

"Luego, vino lo del Estatut...", prosigue el independentista sobrevenido, indignado por la decisión del PP de presentar recurso de inconstitucionalidad contra una ley "refrendada por el pueblo de Cataluña". Bueno, concretamente ¡por el 36% de los catalanes con derecho a voto!, por lo que es probable que más de uno de esos independentistas por despecho estatutario ni siquiera se tomara en su día la molestia de ir a votar, y no digamos de echarle un vistazo al Estatut. Por supuesto, tampoco le importa el hecho capital de que en España no exista la posibilidad de presentar recurso previo de inconstitucionalidad, es decir, anterior al referéndum de aprobación del estatuto de autonomía en cuestión, posibilidad suprimida en 1985 por decisión del PSOE. "¡Bah, eso son tecnicismos del lenguaje político-jurídico!", contesta nuestro independentista novel como si los términos que él trae siempre en la boca –referéndum, plebiscito, etc.– no fueran también tecnicismos del mismo lenguaje. Si la mayoría de los catalanes somos capaces de entender la diferencia entre unas elecciones y un plebiscito, o entre una consulta y un referéndum, también podemos entender que el Estatut acabó en el Tribunal Constitucional tras ser refrendado por el pueblo catalán porque solo podía acabar así. No en vano el PP había quedado al margen del consenso estatutario de resultas –como el propio Maragall[7] reconocería a posteriori– del excluyente y antidemocrático Pacto del Tinell. ¿Qué esperaban que hiciera el PP ante una propuesta de tan incierta constitucionalidad promovida por quienes se habían comprometido a arrinconarlo?

"Y el remate fue la sentencia del Tribunal Constitucional…", concluye el iniciado independentista, que obviamente ni siquiera ha hojeado la sentencia.

[7] *El País*, Barcelona, 16 de noviembre de 2005. http://elpais.com/diario/2005/11/16/espana/1132095611_850215.html

De haberlo hecho, habría podido constatar que se trata de un ejemplo de lo que los constitucionalistas llaman *self-restraint* o deferencia del Alto Tribunal con el legislador, en este caso autonómico, para salvar la constitucionalidad de la ley recurrida, a través de la técnica de la interpretación conforme. Es decir, no solo no lamina –por utilizar la expresión al uso de los nacionalistas– competencias de la Generalitat, sino que supone un desarrollo considerable del autogobierno catalán. Ahora bien, lo que, afortunadamente, sí hizo el Tribunal Constitucional fue desproveer de alcance jurídico interpretativo el término "nación" del preámbulo del Estatut. No lo eliminó, pero sí lo despojó de los efectos maximalistas que, sin duda, los partidos nacionalistas todavía hoy pretenden atribuirle, como si la sentencia del TC fuera letra muerta.

Curiosamente, el Consejo de Garantías Estatutarias (antes Consejo Consultivo), el órgano consultivo de la Generalitat que vela por la adecuación de las leyes autonómicas a la Constitución y al Estatut, ya advertía en el año 2005 sobre los posibles vicios de inconstitucionalidad del Estatuto aprobado por la Cámara catalana. Entre otras cosas, el Consejo avisaba de que el sustantivo "nación" y el adjetivo "nacional" aplicados a Cataluña solo podían ser constitucionales en la medida en que no entraran en contradicción con el término "nación" que recoge la Constitución española en su artículo 2, que hace referencia al concepto de soberanía y que solo es predicable con respecto a la nación española. Lo mismo que, *mutatis mutandis*, diría el TC cinco años después, que Cataluña no es sujeto de soberanía; por lo que la indignación con que los promotores del Estatut recibieron la sentencia solo puede entenderse como un ejercicio de deshonestidad y cinismo.

EL SECESIONISMO EN LAS URNAS: LA DESCONEXIÓN DE LA REALIDAD

Los partidos explícitamente independentistas (ERC y los antisistema de la CUP) obtuvieron en las últimas elecciones autonómicas (2012) la friolera del 17,17% de los votos. Ni siquiera contando como independentista a CiU –que, más allá de perder 12 diputados, se presentó y ganó las elecciones con un programa en el que la palabra independencia no aparecía por ningún lado–, los partidos independentistas suman la mayoría de los votos. Contando con el ardid de CiU, resulta que las fuerzas secesionistas ni si-

quiera alcanzaron la mitad de los votos en el 2012 (se quedaron en un 47,87%), y aun así no hacen más que apelar a una supuesta mayoría del pueblo de Cataluña que apuesta por la secesión.

Cabe suponer que, dentro de la lógica alternativa que preside el llamado proceso soberanista, esa mayoría imaginaria es la que justifica con creces la construcción preventiva de estructuras de Estado para ir "preparando la desconexión", por decirlo en palabras de Mas. Se entiende que, aplicando la máxima de que "quien puede lo más puede lo menos", de lo que se trata es de asegurar el tiro, no vaya a ser que la ya consumada desconexión de la realidad de las fuerzas nacionalistas no asegure el principal objetivo del proceso, en teoría mucho más fácil: la desconexión entre Cataluña y el resto de España.

Pero lo cierto es que, como ocurre con las encuestas, no parece que ni la mayoría absoluta de Aznar, ni el recurso del PP ni la subsiguiente sentencia del Tribunal Constitucional supusieran un crecimiento decisivo en términos electorales del independentismo. No lo parece si nos atenemos a los resultados electorales de los partidos abiertamente independentistas desde las autonómicas del 2003 hasta las del 2012. Veamos:

Es verdad que en los comicios del 2003, en plena mayoría absoluta de Aznar, la única fuerza explícitamente partidaria de la secesión, ERC experimentó un crecimiento espectacular al pasar de 12 a 23 escaños y cosechar el 16,47% de los votos, por otra parte un porcentaje que casi se corresponde con el que los partidos secesionistas (ERC y la CUP) obtendrían nueve años después, en el 2012 (17,17%). Curiosamente, si a ese porcentaje de apoyo a ERC (16,47%) en el 2003 le sumamos el 30,93% que logró CiU –a juzgar por sus programas electorales, tan procedente resulta considerar independentista a la federación nacionalista en el 2003 como en el 2012, pues en ninguno de los dos casos se habla explícitamente de secesión–, el apoyo electoral que obtiene el secesionismo es prácticamente idéntico (47,4% en el 2003; 47,87% en el 2012). ¿Dónde está el avance?

Tampoco en las autonómicas inmediatamente posteriores a la sentencia del TC, celebradas el 28 de noviembre del 2010, se observa un acelerón independentista. ERC obtuvo 10 diputados y Solidaritat per la

Independència otros 4, mientras que el PP, el partido que había presentado el recurso que dio lugar a la sentencia, logró 18 escaños, ¡cuatro más que todas las fuerzas explícitamente independentistas juntas!

De hecho, ni siquiera parece que esa relación de causalidad directa con que los nacionalistas pretenden explicar el auge que hasta ahora venían reflejando las encuestas exista, a juzgar por la magnitud preferida por los independentistas, las manifestaciones del 11 de septiembre (en la del 2011, sin ir más lejos, unas 10.000 personas recorrieron las calles de Barcelona). Pero, ¿qué ocurre entre la exigua Diada del 2011 y la exuberante Diada del 2012? Pues probablemente que –sin perjuicio de que la crisis económica haya favorecido el auge de soluciones mágicas como la del "país nuevo", el "equivalente funcional" del éxito del Front Nationale– el hecho de que el PP ganara las elecciones de noviembre del 2011, dos meses después de la última Diada "convencional", ha permitido a los partidos nacionalistas recoger la cosecha del odio sembrado a conciencia desde las más altas instancias autonómicas de Cataluña con la patraña de que "todo empezó con la mayoría absoluta de Aznar". Lo raro es que todavía haya quien se trague el cuento de que la efervescencia independentista, tan manifiestamente basada en propaganda partidista, surge espontáneamente de la sociedad y que va de abajo arriba.

Uno de los argumentos más repetidos últimamente en Cataluña para explicar el auge secesionista que hasta ahora apuntaban las encuestas, consiste en la idea de que los independentistas han sabido construir un relato ilusionante sobre las bondades de la secesión, mientras que los constitucionalistas hemos sido incapaces de elaborar un relato sugestivo en pro de la unidad de España. Sorprende la naturalidad con que algunos, implícitamente, reconocen satisfechos que la secesión se basa en un relato inventado, una fábula, un cuento para no dormir basado en una espuria reconstrucción del pasado, una obscena interpretación del presente y una utópica proyección del futuro posterior al inminente advenimiento del 'Estado catalán'.

La leyenda de que todo empezó con la mayoría absoluta de Aznar es solo un capítulo de ese relato mendaz. Pero, ¿qué pasa si su relato no se ajusta a la realidad? Pues ¡tanto peor para la realidad!, parecen responder parafraseando a Hegel los nacionalistas, que como Procrustes estiran la realidad para adap-

tarla a su hipótesis previa. De ahí la importancia de seguir poniendo en cuestión los dogmas de ese "credo secular" que es el independentismo, aun a riesgo de pasar a engrosar la ya de por sí abundante demonología del nacionalismo.

PALABRAS CLAVE

España • Cataluña • Estado de derecho • Secesionismo

RESUMEN

El secesionismo es un ejemplo paradigmático de las "religiones políticas" contemporáneas, basadas en "mitos laicos". Uno de ellos es atribuir a un enemigo exterior el crecimiento del secesionismo que apuntan las encuestas. Este artículo cuestiona el relato oficial en Cataluña, que atribuye ese auge a factores como la mayoría absoluta de Aznar (2000) o la sentencia del TC sobre el Estatut (2010), en lugar de reconocer que más bien responde a causas menos provechosas para el movimiento independentista, como el malestar social derivado de la crisis o la lucha interpartidista por la hegemonía del poder político en Cataluña.

ABSTRACT

Secessionism is a paradigmatic example of contemporary 'political religions' based on 'secular myths'. One of them is attributing to an external enemy the growth of secessionism noted by surveys. This article questions the official account in Catalonia, which traces this rise to factors such as the absolute majority of Aznar (2000) or the judgment of the TC on the Statute (2010), instead of recognizing that it corresponds to causes which are less profitable for the independence movement, like the social unrest caused by the crisis or interparty struggle for hegemony of political power in Catalonia.

BIBLIOGRAFÍA

Benegas, J. M. (1997):
"El Partido Socialista y España", *Temas para el debate*, núm. 30, mayo.

Gray, John (2007):
Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía, Barcelona: Paidós.

Habermas, Jürgen (2014):
L'Express, 17 de noviembre: http://www.lexpress.fr/actualite/monde/europe/jurgen-habermas-en-europe-les-nationalismes-sont-de-retour_1621409.html

Maragall, Pascual (2005):
El País, Barcelona, 16 de noviembre: http://elpais.com/diario/2005/11/16/espana/1132095611_850215.html

Sala, J. M. (1998):
"Por una Cataluña plena", *La Vanguardia*, 11 de enero de 1998.

Tremosa, Ramón (2009):
ABC, 26 de enero: http://www.abc.es/hemeroteca/historico-26-01-2009/abc/Catalunya/el-pacto-del-majestic-es-lo-mejor-que-se-ha-hecho-nunca-en-el-avance-del-autogobierno_912697814939.html

Nueva Revista
DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LA RIOJA

Nueva Revista celebra sus 25 años

25 1990 2015 ANIVERSARIO

"Libre y plural en sus informaciones, responsable en sus criterios editoriales y en las opiniones de sus colaboradores, moderna y liberal en su ideología, respetuosa con los principios y valores históricos del humanismo greco-latino y cristiano que están en el origen de la civilización occidental."

Fundada por Antonio Fontán en 1990:
152 números publicados
5 publicaciones anuales
Premio AUTEL a la difusión
del uso de las telecomunicaciones

Nuevos retos, Nueva Revista
De 1990 a 2015

NR www.nuevarevista.net